

Los intactos María José Codes

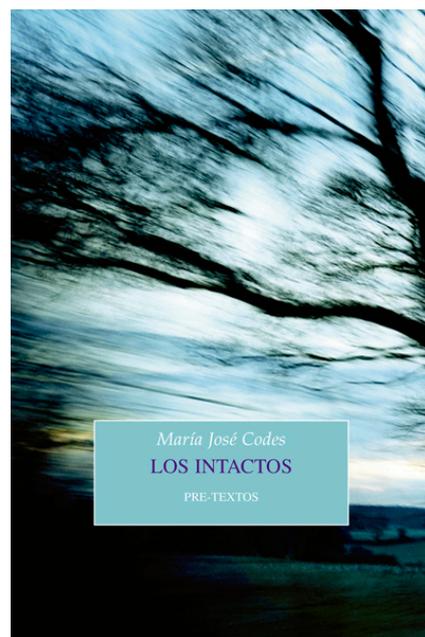


Pre-Textos, 2017

Premio de Novela Breve Juan March Cencillo

 escuela de
escritores

«En *Los intactos*, tres personajes conviven durante unas semanas en una casa aislada del norte de Inglaterra. La atmósfera es inquietante y su intriga se sostiene con gran habilidad en lo no dicho, bajo una tensión narrativa trazada de manera magistral. La novela de Codes explora el camino del olvido y su pacto con el dolor, imprescindible para la reconstrucción de la identidad.»
José Carlos Llop



La autora: María José Codes



Es profesora de Escuela de Escritores. María José Codes ha publicado las novelas *Control remoto* (Premio Río Manzanares, 2008), *La azotea* (Premio Cáceres de Novela Corta, 2009) y *La peluca de Franklin* (Menoscuarto, 2014), además del ensayo *Intriga y suspense: el gancho invisible* (Alba Editorial, 2013). Cuenta con relatos en distintas antologías y posee el Premio del Club del Libro en Español de las Naciones Unidas, que se concede en Ginebra. María José Codes es licenciada en Historia del Arte

María José Codes

LOS INTACTOS

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

“Y así ha crecido la sospecha:
lo imposible
ya casi no soporta a lo posible.”

ROBERTO JUARROZ,
Poesía vertical

1.

Haré memoria. No guardo grabaciones ni diario alguno. Trataré de respetar la sucesión de los días, de visualizar lo mejor posible las escenas, de revivir las primeras impresiones. Hice algunas anotaciones sueltas en la agenda, intercaladas con el progreso del trabajo, sobre todo cuando pensaba que volveríamos pronto. Nada demasiado importante, palabras y alguna que otra frase. Servirán para mi reconstrucción de lo ocurrido. Los diálogos nunca se recuerdan con exactitud, serán aproximados.

Vamos en un tren, hace horas que viajamos. No es un tren moderno pero nos parece cómodo, tal vez a causa de las pastillas tras las sesiones de choque. El viejo de enfrente me escruta con el descaro de las personas mayores, ajenas ya a cualquier protocolo social.

Vigilo a Alicia. Cabecea. De vez en cuando se sobresalta, hace un barrido visual de sonámbula y vuelve a

cerrar los ojos. Recibe una dosis mayor que yo, así quedó acordado. Era lógico, soy más joven y fuerte. La monotonía del paisaje contribuye a adormecerla. Apenas notamos el movimiento y el traqueteo tiene una cadencia amistosa, un ruido blanco que invita al sueño. Hay algo perverso en esa seducción. Es como si el tren nos acunara y entonase una narcótica canción de cuna: duerme mientras te llevo a tu destino ineludible. El viaje promete y engaña, lo sabemos; aun así, qué otra cosa se puede hacer sino dejarse llevar donde sea, una vez comenzado.

De pronto, todo se viene abajo por un brutal frenazo. Hay gritos ahogados de pasajeros. El maletín de Alicia me cae sobre el hombro desde el compartimento superior. Le dije que no lo había colocado bien, pero no quiso aceptar mi ayuda, es demasiado orgullosa cuando se enfada. Alicia se ha golpeado con el cabece-ro del asiento y está aturdida, los ojos como platos. Nadie sabe por qué se ha detenido el tren en medio de un paisaje tan anodino y despoblado. En momentos así deseo conectarme y buscar la causa, pero le he jurado a Alicia que cumpliría las reglas.

Hemos debido de atravesar multitud de bosques de abetos, robles, hayas y abedules, según el mapa, pero ahora el paisaje que alcanzo a ver desde la ventanilla es lineal. El tren se pone en marcha de nuevo, muy despacio. Una sacudida lánguida, un cambio de agujas. No

parece haber daños graves entre los pasajeros, aunque sospecho que han caído más bultos sobre hombros y cabezas.

Por más que miro, a derecha e izquierda, no logro ver más que campiña y cielo gris. El raro tiempo estival del norte de Inglaterra. No sé dónde estamos, aunque sospecho que no debemos de andar lejos de la finca, llevamos demasiadas horas viajando.

Alicia está de nuevo ensimismada. Tiene sangre en los labios, pero ni siquiera parece notar el sabor. Sigue mirando por la ventana, con la boca medio abierta, absorta en sus pensamientos o en los recuerdos. Nos movemos en zona enemiga, pienso. Definir el concepto de zona enemiga es algo demasiado amplio y escuroidizo. En nuestra situación, enemigos son todos, toda persona que se empeñe en averiguar quiénes somos porque eso supondría explicar lo que no queremos, es todo tan reciente. La realidad misma será nuestra enemiga durante algún tiempo. El hecho de que el tren se haya detenido de forma tan brusca me hace preguntarme si alguien pasará por los vagones solicitando documentaciones. Eso dispararía nuestros mecanismos de defensa y no sería buen comienzo. Alicia debería temerlo también, pero cuando se inhibe así, ni siente ni padece. Podría retorcerle la muñeca y sólo lograría que la retirase, sin hacerme ningún reproche. De modo

que Alicia está en el tren sólo en cuerpo, no en alma. Me limito a sacar mi pañuelo, inclinarme un poco hacia ella y limpiarle la sangre de los labios con mucho cuidado para que no se sobresalte y me muerda los dedos sin querer. Sin querer.

Lo recuerdo. Alicia y yo viajando juntas como si fuésemos madre e hija, como si compartiésemos algo parecido a la intimidad, como si no tuviésemos nada que reprocharnos o nada que olvidar.

Una voz de mujer anuncia algo por megafonía. El viejo que se encuentra frente a nosotras estornuda estreptosamente y sólo oigo el final de la frase: "... en la estación durante cinco minutos". ¿Estación? ¿Qué estación? La voz femenina repite el mensaje y entonces sí, lo escucho con claridad y advierto con inquietud que es la nuestra, el lugar a donde nos dirigimos.

Para asegurarme, le pregunto al viejo si es así, si es cierto que hemos llegado, no veo otra cosa que pastizales desde la ventana. Lo confirma: "Claro, dense prisa si no quieren que el tren arranque con ustedes dentro".

Dudo unos instantes pero acabo zarandeando a Alicia, aunque sé que detesta que la toque y eso la irritará: "¡Vamos, Alicia! Hemos llegado. Ayúdame con el equipaje". Reacciona. Aprieta las mandíbulas y me mira con el gesto malhumorado que suponía. Enseguida comprende y, sin decir palabra, se agacha para coger con indolencia su desgastado maletín azul marino del

suelo, como si ella misma lo hubiese puesto allí en vez de colocarlo mal sobre mi cabeza.

“¡Date prisa!”, la empujo un poco hacia la salida, todavía tengo que alcanzar nuestras dos maletas grandes. Camina con su maletín sin mirar atrás y baja los dos escalones hacia un andén de pronto visible. De modo que sí, hay estación, aunque desde los últimos vagones no se veía. Dejo una maleta en la plataforma y me apeo con la otra, abultan demasiado. Una vez abajo me estiro para recuperar la que quedó arriba, pero el hombro me da un tirón y repliego el brazo en un acto reflejo. El tren echa a andar de nuevo, de manera silenciosa pero veloz, increíblemente rápida. Nuestra maleta viaja sola hacia quién sabe dónde, hacia Escocia, o donde quiera llevarla aquel que se apropie de ella. Es la maleta huérfana de Alicia, pero ella no ha podido ver lo ocurrido, se alejó en cuanto puso pie en tierra y acaba de entrar en la cantina de la estación.

2.

El dolor del hombro desaparecerá enseguida, o más bien lo olvidaré, sin duda gracias a la medicación. Recuerdo bien esos primeros minutos de nuestra llegada, el movimiento del sol y de las nubes, la insoponible moralidad del paisaje, la primera conversación

con Sykes. La memoria tiene un curioso modo propio de seleccionar fragmentos inútiles del pasado bajo los efectos de los narcóticos.

Cuando llego a la cantina, Alicia se está sirviendo un té mientras habla con un camarero con ropas de jefe de estación. Parece recobrada del golpe en la cabeza.

“¿Te duele?” Me toco mi propia sien.

“No ha sido nada, se me pasará”, dice con suficiencia. Y dejo de preocuparme.

“El tren ha dado un frenazo poco antes de llegar. ¿Ha ocurrido algo?”

“No, que yo sepa”, dice el hombre. “A no ser que haya sido por... las obras del desvío. Eso habrá sido.”

“¿Alguna reparación?”

“En el ferrocarril siempre hay obras”, dice. No le doy mayor importancia. Más adelante sabré la razón de su ambigua respuesta, pero no quisiera anticiparme, distorsionaría mi recuerdo. Es necesario que respete la secuencia de los hechos para comprenderlo todo mejor.

En la estación. Alicia parece ya restablecida y se comporta como una persona completamente normal, es decir, consciente de sus actos. Ella es el tipo de mujer excéntrica en el que no voy a convertirme. Su manera de vestir es como de otro siglo: falda larga, blusa vaporosa, sombrerito de fieltro..., una mujer sacada de un escenario romántico.

El camarero o jefe de estación se muestra amable con ella, cierto tipo de hombres suelen quedarse un

poco embelesados con Alicia. No es que sea guapa, no lo es, pero sabe mirar y sonreír de un modo muy curioso que a todos les resulta seductor. No es eso lo que aprecio más en ella, sin embargo.

“El señor Sykes dice que podemos llevarnos su paraguas si prometemos devolvérselo.” A mí. “Gracias, es usted muy amable.” A él.

Con que Sykes, ¿eh? Me asombra que se hayan presentado tan pronto.

No me había fijado en que llovía. En el frío, sí. Me figuraba que haría más calor en esta época del año. Traje ropa ligera y algún jersey, pero nada de abrigo. Temía incluso que hiciese demasiado sol. El final de la primavera es impredecible en esta zona del condado.

“Sólo llovizna, no creo que sea necesario, Alicia”, dije, o pensé decir.

Hay una televisión apagada. Busco algún dispositivo electrónico sobre el mostrador, pero no veo ninguno.

El jefe de estación –en efecto, este hombre no es el camarero, o no sólo, como comprobaré enseguida–, me pregunta si me apetece tomar un té a mí también, pero le digo que no, que nos esperan y vamos a llegar tarde. Alicia me mira con una sonrisa tras la que advierto un fulgor contenido de censura, pero me sigue. Confirma lo que he dicho y añade que nos esperan.

“¿Van ustedes muy lejos?”